

# No hacer oídos sordos a la política migratoria

JACOB SOBOROFF

30

LETRAS LIBRES  
OCTUBRE 2020

Cuando el mundo experimentó la conmoción y el horror de las separaciones familiares que Donald Trump impuso a hijos migrantes y sus padres en la frontera entre Estados Unidos y México, yo estaba allí: lo vi como periodista para NBC y MSNBC.

Niños arrebatados de sus madres y padres y metidos en jaulas. Niños enviados para vivir en “refugios” dentro de lo que había sido un Walmart. Y la posterior incapacidad del gobierno estadounidense para reunir a las familias cuando un juez le ordenó que lo hiciera.

La repugnancia y la tristeza que sentí como periodista y ser humano eran abrumadoras, pero no deberían haberlo sido. Trump y sus asesores nos habían advertido desde los primeros días de su campaña de lo que iban a hacer. Simplemente, no lo creí.

En abril de 2016 estaba en Colorado, y debería haberlo sabido.

“¡Ustedes no les importan a los intereses especiales de Washington que han controlado nuestro proceso político durante cuarenta años!”, gritaba un joven calvo en la convención de distrito del Partido Republicano en Colorado. “¡No les importan sus familias y no les importa su seguridad!” No podía creer que fuera el tipo que Trump había enviado para poner a los delegados de su parte.

Era Stephen Miller. El futuro consejero superior del futuro presidente de Estados Unidos. Sin duda, las cosas no tenían ese aspecto en el momento. Miller pasó a contar la historia de Kate Steinle, asesinada en San Francisco por “un inmigrante ilegal cinco veces deportado”. Citó la

reciente adhesión a Donald Trump de miles de agentes de la policía de fronteras (que en realidad era el comité ejecutivo de once miembros del sindicato de la policía de fronteras) como evidencia de que su candidato impediría tragedias como la muerte de Steinle.

“Vaya psicópata”, me sentí cómodo al decirlo en voz alta. Me pregunté si Miller de verdad podía conquistar corazones y mentes en Colorado con esa retórica incendiaria. Estaba en medio de la delegación de Texas. Un grupo, sin duda, que tenía un agudo interés en lo que el probable nominado Donald Trump diría en los días posteriores sobre su principal promesa de campaña: un muro fronterizo con México. Texas comprende dos tercios de la frontera con nuestro vecino del sur, más de 1.800 de los 2.700 kilómetros que hay entre el océano Pacífico y el golfo de México.

Trump no decepcionó. “Vamos a construir un gran muro en la frontera para detener la inmigración ilegal”, mugió unos días después hacia el final de su discurso de aceptación en una convención que vi de cerca, “para detener a las bandas y la violencia, y para detener las drogas que llegan a nuestras comunidades”.

Trump se volvió hacia las políticas que calentaban la sangre de gente como Stephen Miller. “Si ponemos fin a la política de ‘captura y liberación’ en la frontera, detendremos el ciclo de tráfico de personas y violencia. Los cruces ilegales de la frontera bajarán. Se restaurará la paz.”

Miré con desdén, incapaz de ver lo mortalmente serias que esas palabras, y la motivación detrás de ellas,

serían para las vidas de decenas de miles de personas en los años posteriores. Trump terminó su discurso y una avalancha de globos rojos, blancos y azules cayó del cielo. Yo parecía más un niño en un recreo que un periodista que contemplaba la intención recién declarada del nominado republicano de cambiar radicalmente el sistema migratorio estadounidense.

Y lo hizo. Poner fin a la “captura y liberación”, un eufemismo del hecho de que se permitiera a los solicitantes de asilo permanecer durante su proceso de inmigración en el interior de Estados Unidos, en vez de en esas cárceles migratorias, se transformó en las restrictivas políticas de inmigración que ahora conocemos bien.

La separación de miles de familias en la frontera ha causado traumas para toda la vida en más de 5,500 niños, según la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles. La orden de hacer que decenas de miles de familias esperasen en algunas de las ciudades más peligrosas de México mientras se resolvían sus casos migratorios. La expulsión inmediata de niños migrantes tras detenerlos en hoteles con poca vigilancia o acceso a abogados. Y la detención indefinida de familias migrantes en celdas de Inmigración y Aduanas, a pesar de la orden de un juez federal que exigía liberar a los niños para protegerlos del coronavirus en expansión.

¿Cómo será la política de inmigración en un segundo periodo de Trump? Ya nos lo está diciendo.

Trump, aunque la Casa Blanca lo niega, ha manifestado que quiere recuperar la política de separaciones —también a la exsecretaria del interior Kirstjen Nielsen.

Esta vez lo creeré. —

*Traducción del inglés de Daniel Gascón.*

JACOB SOBOROFF es autor del libro *Separated. Inside an American tragedy* (Custom House, 2020), del que provienen partes de este ensayo.